

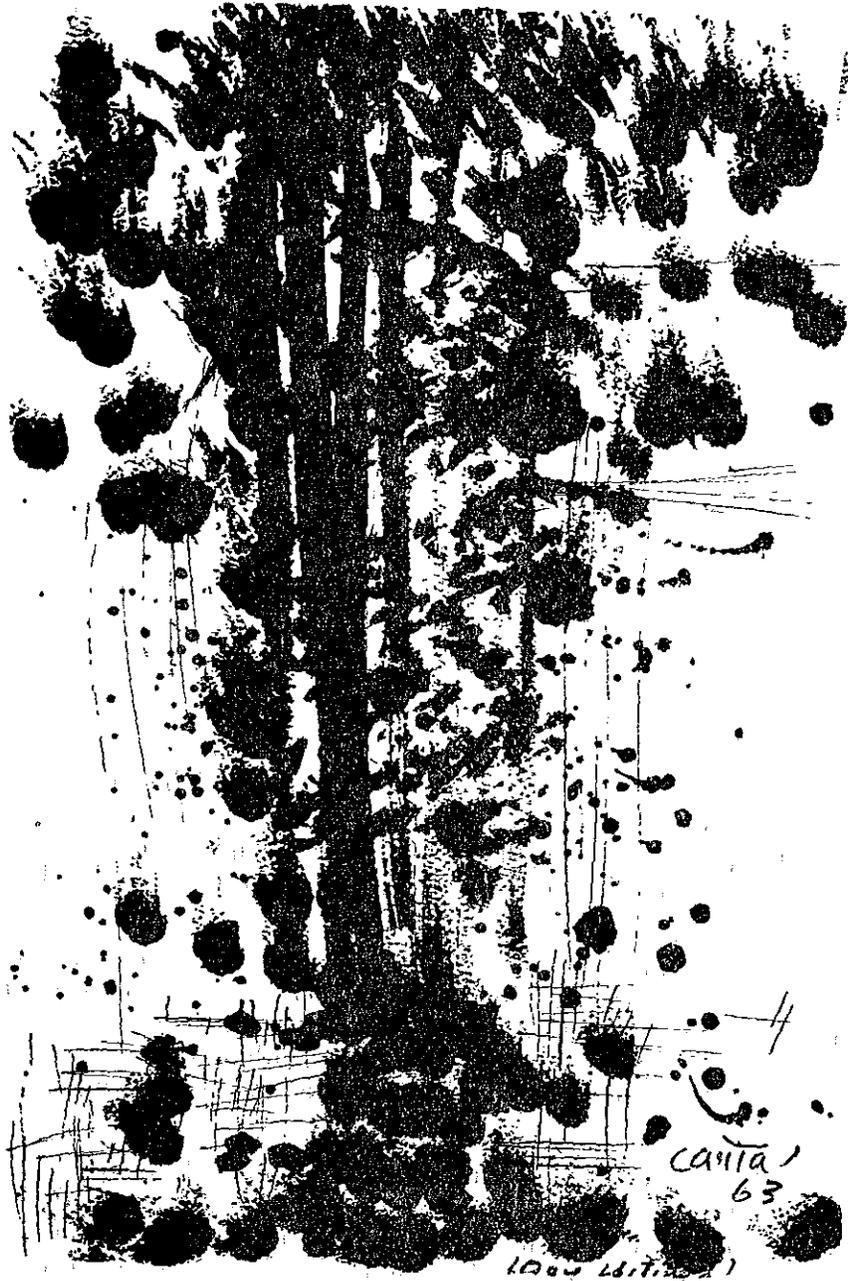
# GESTACION DEL HOMBRE

POR EL PBRO. MATIAS ROMERO.

El hombre, el hombre fáustico que hemos visto aparecer, peligrar y prevalecer, es el varón perfecto, el viril superdiferenciado, la obra típica y completa gestada por la mujer. Es la tesis filosófica que vamos a demostrar: que el hombre es obra de la mujer.

Hay una misteriosa frase bíblica que dice: *múlier cū cúmdabit vínum*, que quiere decir: la mujer rodeará al varón. Desde luego, nosotros vamos a aprovecharla en sentido acomodaticio o, quizá mejor dicho, en sentido trascendente y es así como hallamos en esta frase una verdadera clave y revelación del insondable misterio del hombre y la mujer.

En primer lugar, es cierto que en el proceso de la gestación fisiológica la mujer rodea y envuelve al fruto de sus entrañas. Mas, lo que verdaderamente nos maravilla es descubrir que esa acción femenina de envolver y empapar al varón no se reduce sólo a la portentosa pero inconsciente formación del feto en el seno materno. A lo largo de su vida consciente toda mujer lleva en el seno recóndito de su alma



CANTA /  
63

(Daw 4.7.1963)

un hombre: su hombre. Ese hombre no es, precisamente, un hombre *ideal*. ¡He aquí una gravísima equivocación que suele cometerse con demasiada frecuencia! El hombre que forma en sí cada mujer es todo lo contrario, es un hombre *real*, concreto, individual e inconfundible con un nombre y un apellido. Una vez entrado en ella ese hombre real, ella lo envuelve y lo aprisiona constituyendo para él su universo insustituible y único. Ya no podría jamás el hombre libertarse de la mujer en cuyo seno ha entrado para ser gestado, para ser hecho hombre. Muchos hombres vagan perdidos en la vida como varones embrionarios y seres indefinidos que no han adquirido figura; la figura viril, por no haber entrado en su seno formador. Pero, de los que lo han encontrado y entrado en él para someterse a su laboratorio, ninguno ha podido sustraerse a esa acción o preferir otro laboratorio. Positiva o negativamente, en movimiento de progreso o de retroceso, es ella y sólo ella, la única y eterna, la que marca y señala y condiciona a su hombre. Lejos en la distancia, contrarios en el odio o separados por la muerte, su mutua acción es ya un nuevo ser que no desaparece sino que une a los dos como un tercer ser que ha venido a constituir con ellos un trinomio o una trinidad.

Ni es esta toda la maravilla. Ni siquiera el comienzo. El comienzo está antes en el hecho de que es el hombre el que primero ha descubierto o, mejor dicho, ha creado a la mujer que ha de ser su formadora. La mujer, hasta el momento de ser encontrada por su hombre, se da por no existente, como una flor sin nombre que no sabe el fruto que puede producir. Y el hombre, a su vez, antes de crear con la ilusión su Eterno Femenino, es una obra apenas en proyecto, un fruto sólo anunciado que necesita una flor donde formarse. Desde este punto de vista los hombres se clasifican en dos tipos: el hombre-proyecto y el hombre-obra. El hombre-proyecto es un esquema lineal y escueto que no proyecta sombra ni deja huella. El hombre-obra, a cuyas espaldas brilla la ilusión que él ha creado, posee una estatura y una figura que se proyectan hacia adelante en forma de sombra gigantesca y esta sombra es un sello que se marca sobre la tierra, un nombre que se escribe y un camino que se traza. Este hombre puede decir: por sobre las letras que me dicta la luz de mi estrella voy caminando hacia la conquista de mi nombre.

Esa penosa y heroica conquista del nombre del hombre es la que vamos a describir a continuación.

#### *Primera fase: Segismundo*

Calderón de la Barca, el vigoroso dramaturgo y sacerdote español, nos hace entrar, en su obra "La vida es sueño", en la prehistoria de la

conciencia, en el hombre primitivo que hay en cada individuo, en ese ser dado a luz ahí donde se bifurcan los caminos del bien y del mal. Segismundo, al principio encerrado en una caverna del bosque por el solo temor preconcebido de que los astros han de serle adversos, significa el elemento humano primordial, la materia prima psíquica, la tabla rasa del entendimiento virgen, la voluntad y el corazón en pura potencia y en actitud inicial.

Un hombre así (lo descubre genialmente el gran dramaturgo) necesariamente tiene que aparentar algo de ángel y algo de monstruo, con impulsos de virginidad salvaje y de sinceridad brutal. Según la visión del mundo que nos presenta Calderón de la Barca la primera entrada del hombre en el escenario del mundo es violenta y triste, dramática y dolorosa, urgida y angustiada. Al caer o "despertarse" el hombre sobre la haz de la tierra (recuérdese que así en actitud de despertarse pinta Miguel Ángel a Adán en el momento de ser creado) ve que tiene que actuar, tiene que hacer algo, tiene que tomar la primera decisión selectiva y definitiva, ¡y pronto!

En esos precisos instantes de urgencia y de sorpresa, de volverse los ojos a la izquierda y a la derecha en busca de auxilio, es que aparece a la mirada ansiosa del hombre, como una enviada, *la mujer*. Segismundo se levanta maravillado y confuso:

—¿Quién es esta diosa humana?

La actitud de Segismundo ante Estrella sólo es comparable a la de Adán frente a la que acaba de salir de él mismo, carne de su carne y hueso de sus huesos. La diferencia, sin embargo, entre Adán y Segismundo, es fundamental. En efecto, a Adán, hombre único, le es dada Eva, mujer única. Allí no hay conflicto, ni incertidumbre, ni posibilidad de infidelidad. Después todos los amantes del mundo han sido únicos en la medida en que se han parecido a Adán y Eva. Segismundo, en cambio, es el hombre postadámico, el hombre de veras humano hecho un número entre miles y lanzado al océano de lo eterno femenino con la difícil encomienda de encontrar la gota que para él es única y no se confunde con ninguna de las demás.

¿Quién me diera, Dios mío, el encontrar mi única gota dulce que navega en el inmenso mar de agua salada? Porque... ¡Dios santo!, si escojo una cualquiera de las gotas amargas, sobre mí se descargará toda la amargura del mar... y entre tanto mi gota dulce, ¡la pobrecita!, vagará perdida entre los monstruos. Y si descubro mi gota dulce, ella me servirá de burbuja para ocultarme y salir a flote y, después, de nave espacial para subir a lo alto. Porque la mujer es de lo alto. El hombre es el que viene del mar.

En el drama de Segismundo ya no se le da más importancia al asunto de la mujer. El objeto propio de la obra es otro. La mujer entró, fue descubierta, y basta. La interrogante sobre la mujer queda planteada en el hombre. La promesa está hecha. ¿Qué pasará después?

*Segunda fase: Don Juan Tenorio*

En Segismundo descubrimos la mujer en la conciencia primitiva y fundamental del hombre como una tendencia, como un instinto, como una necesidad ciega. La mujer concreta y comedentora aún no aparece, por la sencilla razón de que el primer acto del drama humano le toca al redentor, es decir, al Destino. Y el Destino coloca al hombre solo sobre la geografía de la tierra. Fijémonos bien: lo coloca, lo pone. No lo lanza. Lo coloca y el Destino se pone a sus espaldas.

Una vez puesto en el mundo el hombre cobia conciencia de sí mismo y de su fuerza primitiva, toma las riendas de su vida y se lanza a recorrer el mundo. Sin embargo, y a pesar de estar tan bien dotado y facultado con amplia autonomía, siente que algo le hace falta. Ese algo que en sí mismo le hace falta es la mujer. La mujer aparece en su deseo por primera vez como concepto abstracto, como cosa indefinida, como sospecha y promesa que el Destino hubiera dejado inédita y latente en su corazón.

Confortado con la promesa de la mujer como futuro remedio de su soledad, Segismundo crece y desarrolla esa misma soledad, que es decir autonomía y libertad, y llega a convertirse, en la segunda fase, en el arrogante Don Juan, el hombre de los sentidos.

El caótico Segismundo es ya el Don Juan diferenciado y especificado. Los múltiples sentidos de que ha sido provisto en un admirable proceso de adaptación son otros tantos órganos de búsqueda y pesquisa, de catación y de prueba, para que pueda encontrar y distinguir, entre "las mujeres", a "su mujer", la concreta, la inconfundible e insustituible. ¡Agradable tarea, por cierto, para Don Juan!

Buscando y tanteando, ensayando y examinando, el brioso joven de treinta años se pierde en el paraíso de las manzanas. Se olvida de lo único y se entretiene en chapotear en lo múltiple. Típico peligro. Inevitable caída. Los sentidos todos se emborriachan y se desenfocan por distintos caminos hasta crear el hastío, el desfallecimiento, la desconfianza y la confusión. Sobre todo la confusión. Es el castigo que la misma naturaleza aplica a Don Juan. Se confunde y no distingue. Ya no busca lo único. Al contrario, se rebela contra lo permanente y exclusivo. No cree que exista en el mundo la sola mujer capaz de rendirlo y

redimiólo. En el fondo de su conciencia se siente desgarrado y derrotado por las mujeres y cada nuevo ensayo o payasada de amor es un amargo disimulo de su demota. Don Juan es víctima de sus víctimas. Don Juan, por demostrar su virilidad, no la ejercita sino que la desperdicia. Las mujeres no lo fortalecen sino que lo debilitan y lo agotan. Por una ironía de la vida y por un castigo de la naturaleza, el fondo de la verdad es que Don Juan no conoce las mujeres, no entiende de mujeres, porque no conoce a ninguna de ellas. Penetra en la hembra y, cuando ya en ella se va descubriendo lo auténtico femenino, le brotan los efectos alérgicos, se retrae y huye. Ese es Don Juan, un hombre que persigue las hembras y huye de las mujeres. Las víctimas builadas lloran y parece que se lamentan, pero en realidad se ríen de Don Juan, lo compadecen y se alegran de verlo desaparecer y perderse en el vaho espeso de la sexualidad. Cuando el vendaval pasa, no hay planta que se levante para llamarlo de nuevo.

Ahora que tenemos a Don Juan internado en el laboratorio psicológico vamos a preguntarle si esa su enfermedad de "mujeres" le viene por no haber encontrado "su mujer" o por haberla perdido. La respuesta a la que llegamos, después de concienzuda encuesta, es que Don Juan es un *hombre anterior* o primitivo, y de ninguna manera un *hombre posterior* o póstumo. Don Juan no es un hombre que ha sabido sino un hombre que aún no sabe. En medio del anterior o inverso y del posterior o disperso: está el *hombre-interior*, o *inmerso*, del cual vamos a hablar a continuación al estudiar a Don Quijote y a Fausto. Y del caso realmente típico y casi desconocido, el hombre posterior o disperso, vamos a tratar en un apartado especial dedicado a Hamlet.

### Tercera fase: Don Quijote

Para comprender mejor la difícil psicología de los personajes que vamos a estudiar es conveniente que los veamos antes en esquema y perspectiva. El hombre se clasifica en: posible y real. Posible es Segismundo. Y el real se subdivide en: anterior (Tenorio), interior (Quijote y Fausto), y posterior (Hamlet).

HOMBRE	{ <i>Posible:</i>  <i>Real:</i>	primitivo, infantil: <i>Anterior</i> o inverso:	Segismundo hacia las mujeres: Tenorio
		<i>Interior</i> o <i>inmerso</i> :	{ —en la mujer-madre: Quijote. —En la mujer-esposa: Fausto
		Posterior o disperso:	después de la mujer: Hamlet.

Llamamos inverso al hombre anterior porque está entendiendo la hombría en sentido inverso y negativo para su propia destrucción. El hombre interior, el que ha encontrado su mujer y vive en ella, es de dos tipos que se corresponden a manera de armonía preestablecida con otros dos tipos de mujer.

El primer tipo de hombre interior es el conquistador, a lo Quijote, y se completa con la mujer-madre. Típicos temperamentos de conquistadores fueron San Pablo y San Ignacio de Loyola. El otro, el colonizador, a lo Fausto, necesita de la mujer-esposa. Ejemplares de este tipo fueron San Agustín y San Francisco de Asís.

Sorprenderá quizás el que clasifiquemos a Fausto como hombre colonizador y hogareño. No parece tal el viaje de los mundos reales e imaginarios, el que sale a trotar en ancas de un caballo con el diablo. Sin embargo, Fausto es un verdadero hombre de hogar, un colonizador, un señor feudal de castillo y título de noble. Recuérdese que la gloria definitiva la puso Fausto en establecerse en un paraje ideal para formar allí un pueblo libre.

La dificultad persiste. Parece, en efecto, que a un colonizador hogareño como Fausto le convenga la mujer-madre para que le dé hijos y se forme la familia que es el fundamento de la tribu y de la ciudad. Y no es así. Al hombre hogareño, tipo paternal, le conviene la mujer-esposa, la que lo quiera primero a él y sólo a través de él a los hijos. En cambio el Quijote conquistador y andariego, enamorado ante todo de su obra de justicia, necesita de una mujer que haga el hogar que él no hace. Y así como él la ama a ella a través de su obra, de su obra de Quijote, así ella, mujer-madre, lo ama a él a través de su obra de madre que son sus hijos. Están correspondidos.

La observación anterior nos lleva a comprender la psicología íntima del Quijote y la diferencia infranqueable que lo separa de Fausto. Don Quijote es el hombre de su obra, es el hombre-obra, es el primer hombre interior. Fausto es el hombre de su mujer, el hombre-amor, el segundo hombre interior. Y así como Don Quijote entra a la mujer por el primer aspecto de ella que es la maternidad, así Fausto da un paso más hondo y más vital todavía, entregándose más él como hombre y poseyendo más a la mujer como mujer en lo que tiene de más femenino que es su capacidad de esposa. Dúcese que Don Quijote *va con* la mujer y Fausto *está en* la mujer. Don Quijote está en su obra y esa obra se la ofrece a la señora de sus pensamientos. Fausto está en su mujer y todo lo ve y lo hace a través de ella. Fausto piensa, siente y trabaja en femenino. Es el hombre en quien se realiza plenamente aquella frase bíblica que dijimos al principio: *múlier circúmdabit virum*, que podría-

mos traducir ahora así: mujer quiere decir, lo que rodea al varón; o así también: varón es aquel que brota de lo femenino y se rodea de lo femenino como de un halo luminoso de protección y santificación.

Observamos que Fausto es, más bien, un hombre que *ya está* en la mujer, mientras que Don Quijote va hacia ella. El sentido del *hacia* que hallamos en Fausto tiene una significación más alta y sigue un rumbo superior. Don Quijote está en su obra y va hacia la mujer. Fausto está en la mujer y, fusionado con ella, se dirige hacia un ideal más alto, el ideal fáustico, un ideal que sólo puede ambicionar el ser completo, los "dos únicos" que se han identificado en su amor eterno.

A estas alturas será interesante que echemos una mirada allá abajo donde se quedó Don Juan. Si Fausto va en la mujer, viaja en la mujer, y Don Quijote va hacia la mujer y viaja en su obra, el zángano hermoso de Don Juan no tiene mujer, ni siquiera tiene obra. Es un vago pintoresco, un haragán dañino, un hijo píodigo despilfarrador de la hacienda de los sentidos.

En abierta antítesis contra Don Juan, Don Quijote es un santo del amor y un mártir de la fidelidad. La fidelidad de Don Quijote a Dulcinea se remonta a cumbres de una belleza impresionante y conmovedora. ¡Qué maravillosa obra de la mujer es Don Quijote! ¿Será posible un hombre superior a éste? Sí lo es. Vamos ahora al último hombre que hace la mujer, al hombre definitivo y acabado, al hombre fáustico.

#### *Cuarta fase: Fausto*

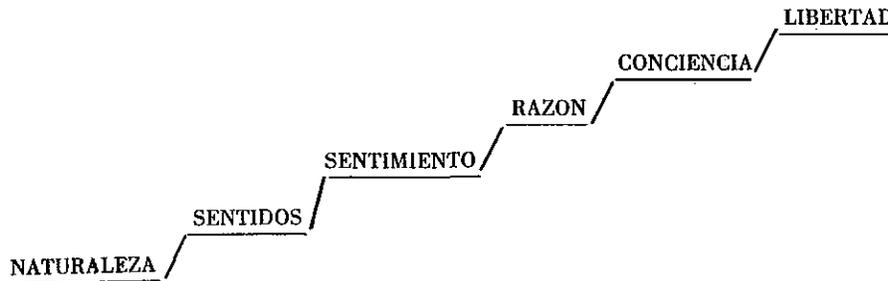
Como venimos viendo, la mujer, en su obra de gestación del varón, lo hace pasar por un largo proceso. Al final de este proceso que puede llamarse de síntesis o abstracción se llega al alumbramiento del hombre definitivo, del hombre esencial, del hombre puro e individual. Los grados de esa evolución o *involución* del hombre son los siguientes:

*Primero: el hombre-naturaleza*, que va del impulso biológico de generosidad al hedonismo de los sentidos.

*Segundo: el hombre-sociedad*, que va del sentimiento o amor universal a la pasión por la justicia que es la obra de la razón.

*Tercero: el hombre-individuo*, que va del alumbramiento de la conciencia a la salvación de la libertad.

A la naturaleza y a los sentidos pertenece Don Juan. De la razón y el sentimiento es Don Quijote. Obra de la conciencia y de la libertad es Fausto. Escalonando gráficamente esos estadios resulta la siguiente figura:



La naturaleza, de suyo salvaje y desbordante, se redime y se ordena en los sentidos. Los sentidos, múltiples y favorecedores del egoísmo, se purifican y se reducen en el amor de desprendimiento que es el amor universal. El amor universal, quijotesco y sacrificado, tiende al exceso de generosidad, algo así como la fase primera de la naturaleza y, por consiguiente, necesita redimirse de esa especie de tenoriatismo del espíritu y concretarse en un ideal de supremo equilibrio y de verdadera e imparcial universalidad. Ese ideal, ese metro y norma, lo elabora la razón. Es la ley de la justicia y la justicia de la ley.

Si nos detenemos un poco aquí y aplicamos esa *involución* del individuo a la *evolución* de la historia descubrimos que la fase del sentimiento y la razón se dio en el gran imperio español de los siglos XVI y XVII, del imperio que conquistó América y produjo a Don Quijote. Y, ¡cosa curiosa! descubrimos también que esa época de Don Quijote, precede al fáustico siglo XVIII con riguroso orden cronológico, igual que en el esquema lógico que acabamos de ver.

Terminada esa gesta gloriosa de la universalización del hombre y de la historia, la humanidad se detiene un poco, se toma un momento de tregua y luego echa pie atrás como si se hubiera equivocado de rumbo. Nunca la revolución tuvo un sentido tan etimológico como entonces. El hombre frenó su carrera sobre la geografía del mundo y regresó a sí mismo, hacia su conciencia, hacia su individualidad. Este hombre conciencial, individual, es el hombre fáustico.

La conciencialidad del hombre es una conquista que ha costado siglos en la historia del pensamiento. Su aparición marca un paso más sobre el mismo hombre quijotesco que parecía tan perfecto. El hombre fáustico le es superior como lo es la conciencia sobre la razón. Efectivamente, si observamos la conducta de Don Quijote, veremos que es un ser dominado y manejado por el ideal, un hombre que corre hipnotizado por un destino que está sobre él, un pobre aldeano a quien alguien le ha mandado que sea caballero, un hombre, en fin, que no tiene con-

ciencia de sí. Se deja arrastrar ciegamente. Actúa sin reflexionar. Es un loco. Y no un loco ensimismado sino un loco arrojado de sí mismo. Don Quijote no pertenece a la conciencia sino a la ultraconciencia. Díríase que Don Quijote no *reflexiona* sino que sólo *genuflexiona*. Por esto mismo Don Quijote es un santo y encima de eso es católico, y encima de católico es español. Ni diablos ni mujeres tienen nada que ver con él. El sentimiento y sobre todo la razón tienen un parentesco natural con la santidad.

Por el contrario lo concienencial parece tener parentesco natural con lo diabólico, es decir, con el pecado y el peligro. ¡Pobre hombre, miserable hombre, triste hombre que en el centro de sí mismo ha llegado a tan cruel escisión y tan trágica dualidad! Y bien lo dice el loco Hamlet, el digno de lástima al exclamar: *to be or not to be*. Ser o no ser, he aquí el hombre.

Gran sorpresa y gran tristeza es para nosotros el haber llegado a este hallazgo. Tanto se dijo del hombre, tanto se ponderó su abolengo angélico, tanto se proclamó su poderosa y sagrada libertad. . . y, después de venir nosotros a escudriñar qué es por dentro de ese hombre y esa su libertad, hemos venido a encontrar que el centro y generador del maravilloso cronómetro que le da la hora al universo es una manecilla débil y oscilante como una brizna de pavesa que la más leve brisa puede boirar. Sin embargo, es también gran alivio y utilísimo descubrimiento. Así comprenderemos mejor de hoy en adelante, es decir, del hombre fáustico en adelante, lo que el hombre es y lo que no es. Y así, cuando en la historia hallemos ciertos valores y ciertos sucesos, sabremos si es justo aplicarlos al hombre o a algún otro poder que acaso intervenga en los acontecimientos.

El hombre es libertad. ¡Formidable afirmación de la filosofía de nuestro tiempo! Pero, y la libertad, ¿qué es? Vemos que, en primer lugar, es energía y poder, acción y lucha. Quizá sea esto lo que nos fascina de la libertad: su asombrosa agilidad, sus acrobacias metafísicas. La libertad es un águila prodigiosa que le vemos salir de nuestro propio pecho y volar y jugar en peligrosas curvas y picadas en las fronteras del cielo y la tierra. Al encontrarnos con esa águila maravillosa soñamos y proyectamos vuelos fantásticos a los planetas y aun llegamos a ilusionarnos con la idea de que llegará el hombre, en alas de la libertad, a remontarse a la categoría de superhombre, es decir, de supremo tipo de hombre logrado y elaborado por la evolución de la humanidad en todos y cada uno de los individuos de su especie.

Con esa esperanza y esa audacia románticas el hombre fáustico sale a aventurar por planetas y estrellas, mundos y abismos, en espu-

mante y musical idilio con el cosmos. El cosmos entero se ha convertido en mujer, en una sola mujer cuyo nombre es Naturaleza. Y la humanidad toda se ha convertido en un solo hombre, el hombre fáustico. Y, ¡digámoslo en este mismo instante en que lo descubrimos! ésta es la mejor definición del hombre fáustico: Un hombre cualquiera, un individuo de la especie, se convierte en hombre fáustico cuando aflora o inunde en él todo lo humano, toda la humanidad. Esta transformación del *hombre* en *lo humano* o esta coincidencia, es decir, este momento en que lo humano incide en el hombre podría parecer como una maniobra o una elaboración alquímica de Mefistófeles. Y no es así. Es, por el contrario, un hallazgo que el hombre hace de sí mismo. El juego alquímico de Mefistófeles iba encaminado a demostrar que el hombre es divinidad. En cambio la operación ha demostrado lo contrario: que el hombre es humanidad. ¡El diablo está perdido! Mefistófeles está cogido en su propia trampa. Lo que él no quería se ha puesto en claro: que Dios es divinidad y el hombre es humanidad.

Pero, no nos distraigamos. De paso es que hemos descubierto que el hombre es humano. Lo que propiamente estábamos estudiando era la libertad. Y fue la libertad la que nos llevó al descubrimiento. Ahora atendamos a la propia libertad. Y viendo, a través de repetidas experiencias y sinsabores y aventuras, que la libertad siempre anhela y nunca realiza o, mejor dicho, que sus desmedidas ambiciones no responden a los reducidos logros, y, por otra parte, viendo que la libertad misma claudica y falla, es inconstante, asustadiza, desleal y comprometida, concluimos tristemente que la esencia de la libertad es su *suspensión oscilante*, su *estar pendiente*, su búsqueda del centro de gravedad. La libertad parece flecha pero en realidad es raíz. La autonomía de la libertad es problemática y conflictiva. Y este carácter pendular de la libertad es el que más nos revela la esencia contingente del hombre. La peligrosidad de la libertad nos enseña también que *necesita ser salvada*.

Ahora ya estamos en mejores condiciones para entender el hombre fáustico. El hombre fáustico es *lo humano*, lo humano es el *ser libre* y el ser libre es un *ser en peligro*, un ser lanzado al peligro, *un ser que hay que salvar*, pero no sacándole del peligro sino asistiéndole en él y haciéndole superior a él.

El famoso hombre fuerte, el gran audaz, el astronauta de los mundos del espíritu, es un ser débil y oscilante, indeciso y problemático. Su prodigiosa actividad y su derroche de ingenio y potencia no es tanto una manifestación de su ser cuanto de su tendencia a ser, de su impulso de ser, es decir: una confesión a voz en grito de su *no-ser*. Y gran parte de las andanzas y malandanzas de su vida se las ha gastado no en rea-

lizar lo que puede sino en darse cuenta tristemente de *todo lo que no puede*. Aquí vuelve a apuntar el distintivo inconfundiblemente pagano, es decir, humano, del hombre fáustico. Se ha dedicado, no, como el santo, a hacer todo y sólo lo que le ha sido señalado por la voluntad de lo alto, sino a abarcar y bucear e investigar todo lo que no es de él, lo que no le toca, lo que no debe hacer ni saber.

### *La triste suerte de Hamlet*

Dejemos por ahora a Fausto. Ya le vimos remontarse y caer como Icaro. Su tragedia y su ejemplo terribles quedan grabados en nuestra imaginación con impresión imborrable. Margarita existió realmente, lo Eterno Femenino, y se ha desvanecido como una nubecilla blanca que naufraga en el azul. Cosas nuevas y más reales, es decir, más ordinarias y corrientes, se suceden en nuestro alrededor mientras en la memoria del alma recordamos a Fausto y decimos, como dijo Napoleón refiriéndose a Goethe: *fue un hombre*.

Sí, Fausto fue un hombre. Y no lo decimos en el grande y ético sentido de la palabra, ni de una manera intelectual y filosófica, sino en su significado humano y viril. Fausto fue un hombre. Porque hubo en su vida una mujer. Y esa mujer fue para él *la mujer*, es decir, *su mujer*.

Esta manera de realizarse del hombre, es decir, este hecho fáustico, nos da la clave para estudiar y comprender a los demás que llamamos hombres. La medida del hombre es la mujer. La medida, no en la forma de un metro o de una cinta que dé cuenta de sus capacidades físicas o morales, sino en forma de un vaso, de un verdadero *vas spirital* que sólo puede recibir y contener y darle forma a un espíritu determinado, a un hombre individuo. El espíritu viril necesita ser contenido y figurado. El alma femenina es el continente y la forma. Por algo inconsciente y profundo los hombres han hablado siempre de las "formas" femeninas. En efecto cada mujer es una forma inconfundible y única. Por su parte el hombre es, originalmente, *el caos*, aquel caos primitivo atrozmente viril y monstruoso, deformación quizá del concepto de Adán, del cual fueron formándose las cosas, según la mitología.

No viene mal el reflexionar de nuevo que la forma caótica original del varón es la razón primera de su natural tendencia a la pluralidad, a la experiencia y a la infidelidad. Y eso mismo, visto por su lado positivo, es la búsqueda dolorosa de la forma, es decir, del vaso espiritual que ha de dar la medida exacta de ese caos. No debe quedar vacío ni un milésimo de milímetro del vaso. No debe deramarse ni una gota del contenido. Fuego líquido es el hombre y una sola gota puede incendiar el mundo. Océano sin fondo es la mujer y una sola playa que

deje de llenarse clama por el diluvio para que la llene y la ponga en horizontal y en equilibrio con el oriente y el poniente.

Aquel sagrado principio que evocamos al entrar en este capítulo, el "*múlier circúmdabit vírum*", ha tenido su comprobación de un modo brillante y convincente. La flor sin nombre, nombre que le dimos a la mujer allá al principio, ha sido realmente así, una flor invisible, una forma que no se mira hasta que no se derrama en ella su contenido. La mujer es una flor de cristal.

Y esa realización brillante del hombre que ha llegado a ser hombre la vamos a ver ahora en su reverso y obscura negación, en su fracaso y pérdida, en la triste suerte de Hamlet.

Hamlet es el hombre posterior de quien ya hablamos. El hombre posterior o póstumo ya tuvo o vio por lo menos a su mujer y la ha perdido. La ha perdido porque no supo asirla. No supo derramarse en ella. A él o a ella les faltó la suficiente fijeza. Y, como consecuencia, el pobre Hamlet es un hombre póstumo, un muerto que anda, un recuerdo en forma humana, un lamento que deambula por las calles y entre los árboles confundido en el barullo de voces que arrastra el viento. Por ahí pasó Hamlet. Por allá lo vieron. Aquí dicen que estuvo. En este papel dejó escrita una razón. Parece que va a volver. Esperemos a Hamlet. Ayudémosle a Hamlet. ¡Qué simpático es Hamlet! Qué bueno sería si Hamlet. . . ¡Pobre Hamlet, ya nadie puede ayudarte!

¿Se puede saber quién es Hamlet? Tal vez. Lo que pasa es que es un tipo meditabundo y extraño. Unas veces se le halla en el bullicio y otras se esconde en la misantropía. Parece a ratos buen orador porque le gusta dar lecciones en voz alta como si pretendiera ser un profeta extraviado que alardea de conocer bien a los hombres. Pero otras veces parece tan incapaz de entender a los demás y resulta que sus grandes peroratas son monólogos furiosos de soledad e introversión definitiva de un espíritu que no admite compañía.

Sin embargo, es necesario advertirnos que Hamlet no es un loco. Es un tipo real y corriente que se da en la vida. Como él hay muchos. En la corriente de la vida los tipos representados por Hamlet son los arrojados a la corriente marginal, los que caminan tendiendo siempre a salirse del juego por la fuerza centrífuga. Ya no hay centro para ellos. Perdieron. Fueron vencidos. Su vida, como hombres, no tiene ya sentido ni aspiración. Y es entonces cuando se ponen a jugar y a hacer de locos. Como juego y como locura, su vida puede, incluso, resultar muy divertida y hasta provechosa para los demás. El tipo Hamlet es en el engranaje de la sociedad una pieza usada que, generalmente, queda en perfectas condiciones y puede muy bien usarse de repuesto.

El hombre hámlico, pues, si es lícito llamaale así, es el hombre caído. De las alturas quijotescas y fáusticas es de donde cae con dolorosa caída. Porque, si bien lo recordamos, el proceso de gestación en la mujer ha seguido una línea cuyo punto de partida fue el cavernario Segismundo. La vida se desperezó allá entre las brumas del sueño y del deseo.

Subió Segismundo al segundo estadio y se engalanó como "hombre de mundo" con los arneses de Tenorio. Tenorio se convirtió, hizo penitencia, veló armas nuevas e inmaculadas una noche de purificación y fue investido de Quijote. Don Quijote no fue todo. La mujer estaba aún fuera de su alcance. Cambió el rocín por el Aligeo Clavileño y después por el caballo de Troya. Hizo pacto con el mismo demonio para volver a ser joven. Halló a Helena y se convirtió en Fausto. Aquí para el proceso. Ya no hay más hombre. Llegado aquí no hay más que dos posibilidades: mantenerse o caer.